todos los poros del Universo, no extendiéndose en apacibles ráfagas como las que engalanan la aurora; ni con los variados matices que se complace en ver el polo sobre el manto de la noche, ni ondeando en el espléndido velo con que Íris encubre al sol su faz ruborosa; sino fulminante, tremenda, como un volcan sin límites, segun lo atestiguan los astros que arden todavía, los planetas convertidos en escorias, los fragmentos de mundos que pueblan el espacio, la via láctea, cubierta con las cenizas de la catástrofe, los torrentes de lava corriendo por la inmensidad y la ennegrecida tumba del caos, y la carbonizada cuna de todo cuanto existe. Así son tambien en el mundo social solemnes y aterradores los primeros cataclismos; el infierno precede al paraíso. La aparicion de México se verificó entre una tempestad de rayos, que no se apaga todavía; felicitémonos porque nos ha sido dado contemplar este espectáculo sublime, aún cuando seamos sus víctimas; ¡silencio y confusion para los cobardes!

¿De dónde venimos? ¿adónde vamos? este es el doble problema cuya resolucion buscan sin descanso los individuos y las sociedades; descubierto un extremo se fija el otro, el gérmen de ayer encierra las flores de mañana; si nos encaprichamos en ser aztecas puros, terminarémos por el triunfo de una sola raza, para adornar con los cráneos de las otras el templo del Marte americano; si nos empeñamos en ser españoles, nos precipitarémos en el abismo de la reconquista; pero no! jamás! nosotros venimos del pueblo de Dolores, descendemos de Hidalgo, y nacimos luchando como nuestro padre, por los símbolos de la emancipacion, y como él, luchando por la santa causa desaparecerémos de sobre la tierra.

La vejez le habia dado sabiduría y majestad, sin agostar en su pecho las pasiones de una edad florida y sin apagar las luces de la inteligencia; quiso un dia ser sabio, y fué sabio; pero la Universidad le cerró sus puertas; quiso un dia entronizar una industria en México, y los gusanos de seda le donaron sus regias vestiduras; pero el monopolio extranjero entregó á las llamas sus rivales; quiso ser agricultor, y las viñas

le sonreian desde los collados; pero la espada ibera decapitó sus racimos: fecundo en proyectos benéficos y audaces, siempre encontraba al Gobierno español cerrándole el camino. Si habia sufrido las penas del labrador, del industrial y del sabio perseguido, tambien se habia iniciado con los que sufren, por medio de los inocentes goces de la familia; en esta entra el porvenir el dia que nos nace un hijo, y su cuna es un altar consagrado á la esperanza. ¿Cómo arrancar del pecho de un padre la patria, cuando tiene entre sus brazos á quien dejarla por herencia? Los semidioses entre los bárbaros simbolizan la fuerza y la hermosura; pero en las naciones civilizadas la fuerza se convierte en sabiduría y la hermosura en amor; el conocimiento de todas las ciencias, el amor de toda la humanidad, el representante de todos los padecimientos, éste fué Hidalgo. Felices los que sufren si se sienten con una voluntad superior á los caprichos del destino; la humillacion despierta su orgullo, el dolor alumbra su inteligencia, y en sus órganos encallecidos encuentran fuerzas suficientes para imponer la ley á sus contrarios, para levantarse sobre las generaciones humanas, y para rebelarse, como una nueva divinidad, ante los pueblos asombrados.

En las aldeas oscuras es donde se encierran los grandes pensamientos del destino; en Dolores se encontraba Hidalgo cuando, al recibir el mensaje de la heroina, se sintió tocado simultáneamente por la mano de la muerte y por la mano de la gloria; volvió los ojos adonde el honor se lo exigia, y se encontró representando él sólo á la patria. Activo, infatigable, sus pensamientos y sus acciones caminaban juntas, como el relámpago y el trueno; pero en aquella hora, en aquel momento supremo, dónde encontrar colaboradores? Sus cómplices dormian descuidados y dispersos por toda la colonia; necesita improvisarlos, y los improvisa. Lleva el fuego de su patriotismo á la prision pública, incendia las rejas, acrisola á los criminales, y candentes todavía entre las llamas de la elocuencia, los trasforma en soldados, en caudillos. Los indígenas, inmóviles como sus ídolos, lo contemplaban sin com-

prenderle, y él evoca esos espectros de una civilizacion pasada, los reviste de una nueva humanidad, y los incorpora para siempre en la nacion mexicana; y grita á los esclavos: sed libres! y los esclavos se le presentan armados, con sus rotas cadenas; y desde entónces, tras cada acto de su voluntad aparecia una creacion siempre llena de brillo para los tiranos y de terror para los opresores.

El viajero que se empeña en escalar el trono del Popocatepetl para tocar la régia vestidura y para despojar de algunas joyas la rica diadema, tiene que revestirse de triple fortaleza, porque lo esperan en su camino el osario de cien montañas, los sacudimientos y bramidos de los gigantes que custodian al monarca, y el terror silencioso sentado en los abismos del cielo y de la tierra; así sucede al orador que en este dia intenta aproximarse al caudillo de la independencia; para desempeñar su mision atraviesa los escombros de cien reputaciones, de cien glorias, y los clamores y las amenazas del retroceso, porque más allá de ese vasto cementerio de dos generaciones, más allá de los cadáveres políticos y que se llaman Miramon, Comonfort, Santa-Anna, Bustamante, Iturbide, se levanta hasta el cielo, pura y severa, la frente de Hidalgo, y el Sol del 16 de Setiembre se complace en coronarla con sus rayos.

Estremécete, México, de alegría, ya tienes un héroe! Pero ¿qué cosa es un héroe? Es el hombre que sabe que el derecho de morir se compra con grandes servicios á la humanidad, y que el suicidio de Caton fué sublime, porque nada le quedaba que hacer por la República; es el hombre que sabe que las naciones nacen en una victoria; y si sucumbe, es el Satan que lucha todavía, porque el Eden de las sociedades es el progreso, y si la espada de un ángel defiende el paraíso, sólo otra espada podrá abrirse paso burlando la tiranía del destino: el hombre que así vive, cuando muere, perdiendo lo que tiene de finito, queda por sus obras como una manifestacion creciente de poder, de ciencia y de gloria, hasta recibir su apoteósis de la poesía y del agradecimiento de los pueblos.

El cielo en que habitan los héroes reposa sobre la tierra; por eso es la verdad lo que ahora anuncio, Hidalgo, Allende, Matamoros, Morelos, nos contemplan!

Ay! por ser dignos de esos supremos espectadores, han desafiado la muerte millares de patricios, y aún está fresca la sangre de Valle, de Degollado y de Ocampo. Y nosotros, ¿con qué título aparecemos á su presencia? Nosotros hemos creido, que para entronizar perpetuamente la revolucion de Hidalgo, era necesario que los ciudadanos recibiesen de ella ferrocarriles, puertos, monumentos públicos, instituciones civiles, colegios, literatura, gloria militar, y aun nuevas imágenes para sus templos, porque desde el momento en que nace una nacion, el horizonte se inunda con los destellos de su númen tutelar. Nó, no es de todos la culpa si en los cincuenta años trascurridos, la bandera francesa se alejó de nuestras playas llevándose humillantes concesiones; si bajo la planta norte-americana se ha perdido la mitad del territorio; si nos hemos postrado ante el enviado del reyezuelo que hoy vacila en roma, comprándole con oro sus bendiciones; si viven los que han hecho un tráfico de los golpes de Estado; si la Reforma está mutilada y si el progreso ha retrocedido un paso; nó, el pueblo no ha dudado ni retrocede, y por eso yo, hijo del pueblo, me lleno de orgullo al ocupar este elevado puesto, sólo para continuar el toque de á rebato que en la mañana del 16 de Setiembre comenzó en Dolores. Muchos de nosotros todavía nos sacudimos el polvo de la lucha, despues de haber logrado que la Reforma siguiese su camino; por todas partes la revolucion ha dejado sus huellas: en dias ménos peligrosos, muchos se disputarán esa gloria! ¿Dónde están los antiguos alcázares de la corrupcion y de la ignorancia, custodiados por altos muros y terribles anatemas? En su recinto penetraba con miedo el sol, y la luna tropezaba con silenciosos fantasmas; el céfiro, asustado por la rusticidad y el desaseo, no se atrevia á acariciar allí á la juventud y á la hermosura, y se alejaba sorprendiendo al amor en criminales extravíos: la ciencia era el primero de los pecados. Pero ahora, por allí

transitan libremente, el sol, la luna, las estrellas y los vientos, y la música y los cantos, y las danzas: allí el comercio depone sus riquezas á los piés de la hermosura, el génio de la arquitectura ostenta sus prodigios, y el génio de las celdas á la hora de maitines despierta sorprendido, y preside, contra su voluntad, los misterios del amor y los misterios de la ciencia.

Pero el edificio religioso aún no está concluido, díganlo nuestras luchas sangrientas. El catolicismo romano, pagano en tiempo de los Césares, feudal en la Edad Média y monárquico en el dia, en vano se pone la careta de la democracia para que no le conozca la tea revolucionaria: toda nuestra esperanza se fija en los innumerables y buenos creyentes que, fieles al estandarte del Crucificado, no quieren verlo arrancado de los templos para que sirva de picota á las puertas de los palacios; ellos lo proclaman símbolo de caridad y justicia, y no de ambicion y de rencores; por eso es que ellos nos prometen que un dia, la primera bendicion del sacerdote será para la democracia, y el primero de sus anatemas para la intolerancia y para el despotismo.

Tales son tus glorias, ¡oh pueblo! ¿Podré ahora hablar de tus dolores, de tus votos secretos, de tus desengaños y de tus esperanzas? ¿Podrémos entregarnos á las efusiones de ternura, de alegría y de entusiasmo, propios de un corazon dividido entre la miseria y el patriotismo? ¿Puedes imaginarte soberano cuando la autoridad conserva su privilegiado puesto? ¿Por qué no desciende entre nosotros para tomar parte en el dolor y en la gloria, en el luto y en el festin de la familia? ¿Para qué conservarse en ese sólio profanado mil veces por los conservadores, de donde ha salido la proscripcion para castigar en el orador cívico la verdad y el entusiasmo, y donde un Bruto ignorado mandó sobre Zuloaga el puñal de la ignominia entre las alas de una baraja? Si la autoridad se hiciese pueblo, entónces mi voz respiraria confianza; yo me dejaria fascinar por esa serpiente de la multitud que me estrecha con sus agitados círculos, y reproduciendo el magnetis-

mo que me envía por medio de millares de ojos, me entregaria á la sublime embriaguez de los oráculos. Pero nó! Reabilítense en buena hora los enemigos; la marca de Cain los denunciará por toda la tierra, la debilidad se venda por justicia, la Reforma pase por extravío; nada importa: el pueblo no ha depuesto su rayo. Siempre es el mismo pueblo que en tiempo de los aztecas caminaba á la voz providencial de *adelante!* El mismo que se retiró á las montañas y á los desiertos, ó que vagaba taciturno por las ciudades, miéntras duró la orgía del régimen colonial; el mismo que con Hidalgo vino hasta el Monte de las Cruces á tomar posesion del Valle de México; el mismo que sin dormirse bajo los laureles de la Independencia, emprende una larga peregrinacion en busca de la libertad y del progreso: á este pueblo le grita adelante! no mi humilde voz ni un envejecido oráculo, sino la electricidad en el telégrafo, la luz en el daguerreotipo, el vapor escapándose de la locomotora, la imaginacion entre las galas de la poesía, y los escritos de la ciencia que la imprenta desencadenó con mano generosa.

Pero ¿qué me pregunta la ansiedad en vuestros semblantes, como temiendo el oido las miradas de los profanos? Tú, mutilado de la Independencia, buscas en esta solemnidad para embriagar tus dolores algo más que los recuerdos gloriosos de tu juventud heróica; tú, modesta esposa del proletario, tú deseas volver á tus hogares llevando á tus hijos para alegrar su escaso alimento, el pan de la esperanza y de la vida; tú que distribuyes tu existencia entre los peligros de las armas y las fatigas de las artes, y eres en tu humildad un ángel de la guarda para la Reforma y una Providencia para tu familia, tú quisieras saber cuándo pasarás el Mar Rojo, y si la tierra prometida es una de las ilusiones del desierto; tú, pueblo, que te estremeces á la vista de los que salvan á los que tú has condenado, y que recibes su presencia en este lugar como un insulto; tú, demandas al orador si es cierto que la patria peligra? ¿Por qué morirá tan jóven la hija de Hidalgo? ¿Cómo ha podido concitarse enemigos la vírgen desinteresada que ha

puesto un banquete para todas las naciones, y que á las puertas de su palacio abandona sus tesoros como un botin para todos los que pasan? ¿Hay alguna virtud social que no acoja? ¿Hay algun infortunio que no haya socorrido? Los unos reclaman el dominio que les arrancó Hidalgo; los otros, por una deuda cien veces pagada, exigen nuestros puertos en prendas; los otros inventan quejas; aquellos llaman suyo todo lo que codician, y Roma presenta títulos que asegura haber recibido de Jesucristo: por todas partes anuncios de desolacion y de ruina. En esa catástrofe los extraños quedarán con el poder, con el comercio y con la industria; el clero se salvará en sus templos; los ricos en sus palacios, y las que se llaman altas clases, capitularán con el vencedor; pero á nosotros, al pueblo, al pobre pueblo, qué le queda? El desierto, el ejemplo de Hidalgo y las armas de la desesperacion y del patriotismo.

Las naciones perecian cuando el pensamiento social era el misterio del sacerdote; el secreto del monarca, el monopolio de la nobleza; pero ahora la verdad, la justicia, la palabra de salvacion, descienden de preferencia á los talleres y á las chozas; y si la civilizacion nos traicionara, no vacilariamos en sacrificarla, refugiándonos en esa frontera hospitalaria para todos los perseguidos, donde nos entregariamos todas las noches á la danza frenética, inspiradora de las cabelleras; no seria la primera vez que el dios de la guerra se levantase sobre una pirámide de esqueletos humanos. El trueno resuene por todas las playas, incendie el rayo todas las alturas y respondan con su explosion los apagados volcanes de la América; el suelo que pisemos será nuestra patria, y dominando el fragor universal con nuestro acento, escúchense claras, solemnes, estas palabras: ¡libertad, reforma! Hidalgo las repetirá desde el cielo.

Oracion pronunciada el 5 de Febrero de 1863, sexto aniversario de la promulgacion de la Constitucion de los Estados Unidos Mexicanos.

CONCIUDADANOS:

LA Junta patriótica, para solemnizar el dia de hoy el aniversario de nuestras leyes fundamentales, me ha encargado de elogiarlas: he admitido, viendo ántes si mis manos eran dignas de empuñar el incensario, y protesto religiosamente, que en estos seis años de perfidias y deserciones, ni en la prision, ni en el destierro ha vacilado un momento mi conciencia, y hoy mismo puedo aseverar, como en 1857, que la Constitucion que entónces firmé como diputado, contiene todas las garantías y promesas que hoy deseo como ciudadano, y que la Patria puede defender con orgullo en la lucha adonde la han precipitado nacionales y extranjeros. El sacrificio de ese Código, seria hoy para nosotros la pérdida de nuestra libertad y de nuestra independencia.

Hubo un tiempo en que toda la recomendacion de una ley fundamental consistia en su pretendido orígen divino; Moisés, queriendo organizar á los fugitivos hebreos, y prohibir el adulterio, y el robo, y el asesinato, forzó á la Divinidad á que descendiese sobre una roca en medio del desierto, para que